

rios. Para él, aquella muchacha se convirtió en un misterio; pero contemplándola con la sabia atención del hombre hastiado, hambriento de nuevas voluptuosidades, como aquel rey de Oriente que pedía que le creasen un placer, sed horrible que sienten á veces las grandes almas, Enrique reconocía en Paquita la organización más rica que la naturaleza hubiese podido componer para el amor. El espejo de aquella máquina, alma aparte, hubiese asustado á cualquiera otro que no hubiese sido De Marsay; pero Enrique quedó fascinado por aquella rica mies de placer prometido, por aquella constante variedad en la dicha, sueño éste que ambiciona todo hombre y también toda mujer amante; quedó enloquecido por aquel infinito tangible y transportado á los más excesivos goces de la criatura; vió todo esto en aquella joven de una manera más clara que lo había visto entonces, pues Paquita se dejaba ver complacientemente, feliz de ser admirada. La admiración de De Marsay se convirtió en una rabia secreta, y el amante la denotó por entero dirigiendo á la española una mirada que fué comprendida por ésta, cual si estuviese acostumbrada á recibir otras semejantes.

—Si no hubieses de ser mía únicamente, te mataría, dijo Enrique.

Al oír estas palabras, Paquita se tapó el rostro con las manos y exclamó sencillamente:

—¡Santa Virgen, dónde me he metido!

Y acto continuo se levantó, fué á arrojarle sobre el canapé rojo, sepultó su cabeza en los andrajos que cubrían el seno de su madre y empezó á llorar. La vieja recibió á su hija sin salir de su inmovilidad, sin demostrar nada. La madre poseía en el más alto grado esa gravedad de los pueblos salvajes, esa impasividad de las estatuas, refractaria á la observación. ¿Amaba ó no amaba á su hija? Ninguna respuesta. Bajo aquella máscara se incubaban todos los sentimientos humanos, los buenos y los malos, y se podía esperar todo de aquella criatura. Su mirada iba lentamente de los hermosos cabellos de su hija que la cubrían como una mantilla, á la cara de Enrique, á quien observaba con inexplicable curiosidad. Parecía preguntarse por qué sortilegio estaba él allí y por qué la naturaleza había tenido el capricho de hacer á un hombre tan seductor.

—¡Estas mujeres se burlan de mí! se dijo Enrique.

En este momento, Paquita levantó la cabeza y fijó en su amante una de esas miradas que llegan al alma y la abrasan. A Enrique le pareció tan hermosa, que juró poseer aquel tesoro de belleza.

—Paquita, sé mía.

—¿Quieres matarme? dijo la joven temerosa, palpitante é inquieta, aunque aproximándose á él, llevada por una fuerza inexplicable.

—¡Matarte yo! dijo Enrique sonriendo.

Paquita lanzó un grito de espanto, le dijo una palabra á la vieja, la cual tomó con autoridad la mano de Enrique y la de su hija, las contempló largo rato y luego las soltó meneando la cabeza de un modo horriblemente significativo.

—Sé mía esta noche, al instante, sígueme, yo lo quiero, Paquita, ¿no me amas? ven.

En un momento le dijo mil palabras insensatas, con la rapidez de un torrente que salta de roca en roca y repite el mismo sonido de mil modos diferentes.

—Es su misma voz, dijo Paquita melancólicamente, sin que De Marsay pudiese oírla, y... su mismo andar, añadió. Bueno, sí, dijo con un abandono imposible de expresar, sí, pero esta noche no. Adolfo, esta noche he dado poco opio á la Concha, y podría despertar, en cuyo caso yo estaría perdida. En este momento toda la casa me cree durmiendo en mi cuarto. Dentro de dos días, acude al mismo lugar y dile la misma palabra al mismo hombre. Este hombre es mi padre putativo. Cristemio me adora y moriría por mí en el tormento sin que le arrancasen una palabra contra mí. Adiós, dijo cogiendo por el cuerpo á Enrique y enroscándose en él como una serpiente.

Le estrechó por todos los lados á la vez, pegó su cabeza á la de él, le presentó sus labios y recibió un beso que le proporcionó tales vértigos á los dos, que De Marsay creyó que la tierra se abría, y Paquita exclamó con voz que anunciaba lo poco dueña que era de sí misma:

—¡Vete!

Pero lo retuvo al mismo tiempo que le decía «¡Vete!» y lo condujo hasta la escalera. Aquí el mulato, cuyos ojos blancos se iluminaron á la vista de Paquita, tomó el candelabro de manos de su ídolo y acompañó á Enrique hasta la calle. Dejó el candelabro en la bóveda, abrió la portezuela del coche, introdujo á Enrique en él, y lo dejó en el bu-

levar de los Italianos con una rapidez maravillosa. Los caballos parecían tener alas.

Esta escena fué como un sueño para Enrique; pero uno de esos sueños que, al mismo tiempo que se desvanecen, dejan en el alma un sentimiento de voluptuosidad sobrenatural después de la cual un hombre corre durante el resto de sus días. Un solo beso había bastado. Ninguna cita había transcurrido de una manera más decente, más casta, ni tal vez fría, en un lugar más horrible por los detalles, ante una divinidad más horrorosa; pues aquella madre había quedado en la imaginación de Enrique como algo infernal, acurrucado, cadavérico, vicioso, ferozmente salvaje, que la fantasía de los pintores y de los poetas no ha adivinado aún. En efecto, ninguna cita había irritado tanto sus sentidos, ni había revelado voluptuosidades más atrevidas, ni había hecho brotar mejor el amor de su centro para extenderse como una atmósfera alrededor de un hombre. Aquello fué algo de sombrío, de misterioso, de dulce, de tierno, de violento y de expansivo, una unión de lo horrible y lo celeste, del paraíso y el infierno, que emborrachó á De Marsay. Ya no fué él mismo, y sin embargo, era bastante grande para poder resistir á las embriaguces del placer.

Para comprender su conducta en el desenlace de esta historia, es necesario explicar lo grande que era su alma á una edad en que los jóvenes se empequeñecen ordinariamente estando siempre entre las faldas de las mujeres ú ocupándose mucho de ellas. Se había agrandado á causa de un concurso de circunstancias secretas que lo investían de un inmenso poder desconocido. Este joven tenía en sus manos un cetro más poderoso que no lo es el de los reyes modernos, guiados casi todos por las leyes en sus menores voluntades. De Marsay ejercía el poder autocrático del despota oriental. Pero este poder, tan estúpidamente empleado en el Asia por hombres embrutecidos, estaba disculpado por la inteligencia europea, por el espíritu francés más vivo, el más acerado de todos los instrumentos intelectuales. Enrique conseguía todo lo que quería en interés de sus placeres y de sus vanidades. Esta invisible acción sobre el mundo social le había revestido de una majestad real, pero secreta, sin énfasis y replegado en sí mismo. Tenía de él, no la opinión que Luis XIV podía tener de sí, sino la que tenían de sí mismos los Faraones, los califas ó los Jerjes más orgu-

llosos por creerse de raza divina cuando imitaban á Dios ocultándose á sus súbditos, so pretexto de que sus miradas les causaban la muerte. Sin tener ningún remordimiento, por ser á la vez juez y parte, De Marsay condenaba friamente á muerte al hombre ó á la mujer que le había ofendido seriamente. Aunque pronunciada casi ligeramente á veces, su sentencia era irrevocable. Un error era una desgracia semejante á la que causa el rayo cayendo sobre alguna parisiense feliz que va en coche, en lugar de aplastar al cochero que la conduce á una cita. De modo que la burla amarga y profunda que caracterizaba á la conversación de aquel joven, causaba generalmente espanto, tanto, que todos temían chocar con él. Las mujeres aman prodigiosamente á esas gentes que se llaman pachás á sí mismos, que parecen ir acompañados de llamas y de verdugos y que marchan acompañados de un gran aparato de terror. Esos hombres resultan tener la seguridad de poder, la altivez de mirada y la conciencia leonina que realiza para las mujeres el tipo de fuerza con que sueñan todas. Así era de Marsay.

Satisfecho de su porvenir en aquel momento, se volvió joven, y cuando iba á acostarse, no pensaba más que en amar. Soñó con la joven de los ojos de oro, como sueñan las gentes apasionadas, y hubo en su sueño imágenes monstruosas é incomprensibles, extravagancias llenas de luz y que revelan los mundos invisibles, aunque siempre de una manera incompleta, pues un velo interpuesto cambia las condiciones de la óptica. Los dos días siguientes desapareció sin que nadie pudiese saber adónde había ido. Su poder no le pertenecía más que con ciertas condiciones, y afortunadamente para él, durante aquellos dos días, fué simple soldado al servicio del demonio, de cuya existencia talismánica participaba. Pero á la hora convenida, por la noche, en el bulevar, esperó el coche, que no tardó en llegar. El mulato se aproximó á Enrique para decirle en francés esta frase, que parecía haber aprendido de memoria:

—Me ha dicho ella que si quiere usted venir, es preciso que se deje vendar los ojos.

Y esto diciendo, le enseñó un pañuelo de seda blanco.

—No, dijo Enrique, cuya omnipotencia se sublevó de pronto.

Y quiso subir; pero el mulato hizo una seña y el coche partió.

—Sí, gritó De Marsay, furioso al ver que perdía una dicha que se había prometido.

Por otra parte, veía la imposibilidad de hacer capitular á un esclavo cuya obediencia era tan ciega como la de un verdugo. Además, ¿había de caer su cólera sobre aquel instrumento pasivo?

El mulato silbó y el coche dió la vuelta. Enrique subió precipitadamente al coche, cuando algunos curiosos se amontonaban ya estúpidamente en el bulevar. Enrique era fuerte y quiso burlarse del mulato. Cuando el coche partió al trote, le cogió las manos para apoderarse de él y poder conservar el ejercicio de sus facultades, á fin de saber adónde iba. Tentativa inútil. Los ojos del mulato brillaron en la sombra. Aquel hombre lanzó gritos que el furor hacía expirar en su garganta, se desembarazó, empujó á De Marsay con mano de hierro y lo clavó, por decirlo así, en el fondo del coche; después, con la mano que le quedaba libre sacó un puñal, y en seguida silbó. El cochero oyó el silbido y se detuvo. Enrique estaba sin armas y se vió obligado á capitular inclinando la cabeza hacia el pañuelo. Este gesto de sumisión apaciguó á Cristemio, que le vendó los ojos con un respeto y un cuidado que demostraban una especie de veneración por la persona del hombre amado por su ídolo. Pero antes de tomar esta precaución había guardado el puñal con desconfianza en el bolsillo interior, y después se había abrochado la chaqueta.

—Este chino me habría matado, se dijo De Marsay.

El coche rodó de nuevo rápidamente, y sólo le quedaba un recurso á un joven que conocía tan bien París como lo conocía Enrique. Para saber adónde iba, le bastaba reconcentrarse en sí mismo y contar por el número de arroyos franqueados las calles por donde pasaba mientras el coche continuaba en línea recta. Así podía reconocer por qué calle lateral se dirigía el coche, ya hacia el Sena ó ya hacia las alturas de Montmartre, y adivinar el nombre ó la posición de la calle adonde su guía le llevaba. Pero la emoción violenta que le había causado la lucha, el furor que le inspiraba su dignidad comprometida, las ideas de venganza á que se entregaba, las hipótesis que le sugerían los minuciosos cuidados que tomaba aquella muchacha para hacerle llegar hasta ella, todo le impidió tener esa atención de ciego necesaria para la concentración de su inteligencia y para la

perfecta perspicacia del recuerdo. El trayecto duró una media hora. Cuando el coche se detuvo, el piso no era adoquinado. El mulato y el cochero tomaron á Enrique en brazos, lo metieron en una especie de litera y lo transportaron á través de un jardín donde sintió ese olor propio de las flores, de los árboles y de las verduras. El silencio que reinaba allí era tan profundo, que pudo distinguir el ruido que hacían algunas gotas de agua al caer sobre las hojas húmedas. Los dos hombres le subieron por una escalera, y después lo condujeron á través de varias habitaciones, dejándolo en un cuarto cuya atmósfera estaba perfumada y cuyo piso estaba alfombrado. Una mano de mujer le empujó haciéndole sentarse en un diván y le desató el pañuelo, y entonces Enrique pudo ver ante sí á Paquita; pero á Paquita en toda su gloria de mujer voluptuosa.

La mitad del gabinete donde se hallaba Enrique describía una graciosa línea circular que se oponía á la otra parte perfectamente cuadrada, en medio de la cual brillaba una chimenea de mármol. De Marsay había entrado por una puerta lateral que estaba cubierta por un rico cortinaje y que caía enfrente de una ventana. La línea circular estaba ocupada por un verdadero diván turco, es decir, un colchón echado en tierra, pero un colchón ancho como una cama, un diván de cincuenta pies de circunferencia, de cachemira blanca todo él. El respaldo de aquel inmenso lecho se elevaba á algunas pulgadas sobre los numerosos cojines que lo enriquecían aún más. Aquel gabinete estaba tendido de una tela roja, sobre la cual había una muselina de las Indias acanalada. Seis brazos de plata soportaban cada uno dos bujías y estaban clavados sobre el tapiz á iguales distancias para iluminar el diván. El techo, de cuyo centro pendía una araña de plata mate, brillaba por su blancura, y su cornisa era dorada. La alfombra parecía un chal de Oriente, pues contenía sus dibujos y recordaba las poesías de Persia, donde tal vez había sido trabajada por manos de esclavos. Los muebles estaban tapizados de cachemira blanca, y el reloj, los candelabros, todo era mármol blanco y oro. La única mesa que había allí estaba cubierta con un tapiz de cachemira. Elegantes jardineras contenían rosas de todas las especies ó flores blancas y rojas. En fin, el menor detalle parecía haber sido objeto de un cuidado hecho con amor. Jamás la riqueza se había ocultado más coquetamente para

convertirse en elegancia, para expresar gracia, para inspirar voluptuosidad. El ser más frío se hubiera entusiasmado allí. Los matices de los tapices, cuyo color cambiaba según la dirección de la mirada, convirtiéndose en blanco ó en rosa todo, estaban en armonía con los efectos de luz, que se producían en los diáfanos canales de la muselina. El alma siente no sé qué apgo por lo blanco, el amor por lo rojo, y el oro halaga las pasiones, pues tiene el poder de realizar sus caprichos. Así es que todo lo que el hombre tiene de vago y de misterioso en sí mismo, todas sus afinidades inexplicables, se veían allí satisfechas. En aquella armonía perfecta había un concierto de colores al que respondía el alma con ideas voluptuosas, indecisas, flotantes.

En medio de una vaporosa atmósfera cargada de exquisitos perfumes, fué donde Paquita se le presentó á Enrique vestida con un peinador blanco, descalza, con flores de azahar en la cabeza, arrodillada ante él y adorándole como al Dios de aquel templo adonde se había dignado ir. Aunque De Marsay estaba acostumbrado á ver los refinamientos del lujo parisiense, quedó sorprendido ante aquella concha semejante á aquella otra en que nació Venus. Fuese efecto del contraste entre las tinieblas de donde salía y la luz que inundaba su alma, fuese por una comparación rápidamente hecha entre aquella escena y la de la primera entrevista, es lo cierto que sintió una de esas deliciosas sensaciones que causa la verdadera poesía. Al ver, en medio de aquel gabinete, que parecía haber brotado al toque de la varita de una hada, á la obra maestra de la creación, á aquella muchacha cuya tez ardiente y cuyo cutis suave, ligeramente dorado por los reflejos del rojo, y por la efusión de no sé que vapor de amor, su cólera, sus deseos de venganza, su vanidad herida, todo desapareció. Como un águila que se precipita sobre su presa, tomó á Paquita entre sus brazos, la sentó en sus rodillas, y sintió con indecible embriaguez la voluptuosa presión de aquella muchacha cuya belleza le maravillaba.

—Ven, Paquita, le dijo en voz baja.

—Habla, habla sin temor, le dijo ella; este retiro ha sido construído para el amor. Tan ambiciosamente se desean guardar los acentos y las músicas de la voz amada, que ningún sonido puede salir de aquí. Por fuertes que fuesen

los gritos, no podrían ser oídos más allá de este recinto. Aunque se asesinasen aquí á uno, sus quejas serían vanas como si estuviere en medio del desierto.

—¿Quién ha comprendido tan bien el cielo y sus necesidades?

—No me interrogues nunca acerca de este punto, le respondió ella deshaciendo con increíble gracia la corbata del joven, sin duda para ver bien su cuello. Sí, he aquí el cuello que yo quiero tanto. ¿Quieres complacerme?

Esta interrogación, lasciva casi por el acento con que fué hecha, sacó á De Marsay del sueño en que le había sumido la despótica respuesta con que Paquita le había prohibido toda indagación acerca del ser desconocido que se cernía sobre ellos como una sombra.

—¿Y si yo quisiese saber quién reina aquí?

Paquita le miró temblando.

—¿De modo, que no soy yo? dijo levantándose y desembarazándose de aquella muchacha, que cayó con la cabeza hacia atrás. Donde yo estoy quiero ser solo.

—¡Sorprendente! ¡sorprendente! dijo la pobre esclava presa de terror.

—¿Por quién me has tomado, pues? ¿responderás?

Paquita se levantó lentamente llorando, tomó de encima de la mesa un puñal y se lo ofreció á Enrique con un gesto de sumisión que hubiera enternecido á un tigre.

—Hazme una fiesta como las que hacen los hombres cuando aman, y cuando esté dormida, mátame, porque no puedo responderte. Escucha: yo estoy sujeta como un pobre animal á su carreta, y me asombro de haber podido echar un puente sobre el abismo que nos separa. Embriégame, y después mátame. Pero, ¡ah! no, no, no me mates, quiero vivir. ¡Es tan hermosa la vida para mí! Si soy esclava, soy también reina. Yo podría engañarte con palabras, decirte que no amo á nadie más que á ti, probártelo y aprovechar mi imperio momentáneo para decirte: «Tómame como se recibe, al pasar, el perfume de una flor en el jardín de un rey». Luego, después de haber desplegado la astuta elocuencia de la mujer y las alas del placer, después de haber saciado mi sed, podría hacer que te arrojasen á un pozo donde nadie te encontraría, pozo que ha sido construído para satisfacer la venganza sin tener que temer la de la justicia, un pozo lleno de cal que se encendería para consumirte sin que se

encontrase una partícula de tu ser. Así permanecerías en mi corazón, mío para siempre.

Enrique miró sin temblar á aquella mujer, y su intrépida mirada colmó á Paquita de alegría.

—No, no lo haría, no has caído aquí en un lazo, sino en un corazón de mujer que te adora, y soy yo la que seré arrojada al pozo.

—Todo esto me parece prodigiosamente extraño, le dijo De Marsay examinándola, pero tú me pareces una buena muchacha, una naturaleza extravagante; tú eres para mí una charada ambulante cuya solución me parece difícil hallar.

Paquita no comprendió nada de lo que le decía el joven, y le miró cariñosamente, abriendo unos ojos tan llenos de voluptuosidad, que nunca podían parecer estúpidos.

—Oye, amor mío, ¿quieres complacerme? dijo ella volviendo á su primera idea.

—Haré todo lo que quieras y hasta lo que no quieras, respondió riéndose De Marsay, el cual recobró su desembarazo de fatuo tomando la resolución de abandonarse al curso de su buena suerte, sin mirar atrás ni adelante.

Además, tal vez contaba con su poder y con su saber de hombre afortunado para dominar algunas horas después á aquella muchacha y saber todos sus secretos.

—Pues bien, déjame arreglarte á mi gusto.

—Ponme, pues, á tu gusto, dijo Enrique.

Paquita, gozosa, fué á sacar de un mueble una bata de terciopelo rojo y se la puso á De Marsay, así como un gorro de mujer y un chal. Entregándose á sus locuras, hechas con una inocencia de niña, se reía convulsivamente y se parecía á un pájaro batiendo sus alas; pero no veía nada más allá.

Si es imposible describir las inauditas delicias de que gozaron aquellas dos hermosas criaturas, creadas por el cielo en un momento de buen humor, es tal vez necesario traducir metafísicamente las impresiones extraordinarias y casi fantásticas del joven. Lo que mejor saben conocer las gentes que se hallan en la situación social en que se hallaba De Marsay y que viven como vivía él, es la inocencia de una joven. Pero ¿cosa extraña! si la *Joven de los ojos de oro* era virgen, no era ciertamente inocente. La extravagante unión de lo misterioso y de lo real, de la sombra y de la luz, de

lo horrible y de lo bello, del placer y del peligro, del paraíso y del infierno, que se ha visto ya en esta aventura, continuaba en el ser caprichoso y sublime de que se burlaba De Marsay. Todo lo que la voluptuosidad refinada tiene de más sabio, todo lo que Enrique podía conocer de esa poesía que se llama amor, fué excedido por los tesoros que desarrolló aquella muchacha, cuyos chispeantes ojos no mintieron ninguna de las promesas que hacían. Fué aquello un poema oriental, en el cual brillaba el sol que Saadi y Hafiz han descrito en sus alegres estrofas. Únicamente que ni el ritmo de Saadi ni el de Píndaro hubieran expresado el éxtasis lleno de confusión y el estupor que embargó á aquella deliciosa joven cuando cesó el error en que una mano de hierro la hacía vivir.

—¡Muerta! dijo ella. Adolfo, llévame á un extremo de la tierra, á una isla donde pueda vivir ignorada de todos. Que nuestra huida no deje huellas. Seríamos perseguidos hasta el infierno. ¡Dios mío! ya amanece. Escápate. ¿Volveré á verte nunca? Sí, mañana quiero volver á verte, aunque para ello tenga de dar muerte á todos mis guardianes. Hasta mañana.

Esto diciendo, Paquita le dió un abrazo que denotaba hasta cierto punto el terror de la muerte. Después, tocó un resorte que debía comunicar con alguna campanilla y suplicó á De Marsay que se dejase vendar los ojos.

—¿Y si yo no quisiese ahora? ¿Si yo quisiese permanecer aquí?

—Causarías antes mi muerte, porque ahora estoy segura de morir por ti.

Enrique se avino á todo. Existe en el hombre que acaba de atacarse de placer una pendiente al olvido, cierta ingratitud, un deseo de libertad, un capricho de ir á pasearse, un principio de desprecio por su ídolo; hay, en fin, inexplicables sentimientos que le hacen infame é innoble. La certidumbre de este afecto confuso, pero real, en las almas que no están ni iluminadas por esta luz celestial, ni perfumadas con ese bálsamo santo de donde proviene la pertinacia del sentimiento, dictó sin duda á Rousseau las aventuras de milor Eduardo, que ponen fin á las cartas de la *Nueva Eloisa*. Si Rousseau se ha inspirado evidentemente en la obra de Richardson, se ha apartado de ella por mil detalles que hacen su monumento magníficamente original; la ha

recomendado á la posteridad con grandes ideas que es difícil desentrañar con el análisis, cuando en la juventud se lee esta obra con el objeto de encontrar en ella la ardiente pintura del más físico de nuestros sentimientos, mientras que los escritores serios y filósofos no despliegan nunca las imágenes más que como la consecuencia ó la necesidad de un vasto pensamiento, y las aventuras de mitor Eduardo son una de las ideas más europeamente delicadas de esta obra.

Enrique se hallaba, pues, bajo el imperio de este sentimiento confuso que no existe en el amor verdadero. Este joven necesitaba en cierto modo la persuasiva sentencia de las comparaciones y el irresistible atractivo de los recuerdos para volver á una mujer. La mujer que no se ha grabado en el alma ni por el exceso de placer ni por la fuerza del sentimiento, ¿puede llegar nunca á ser amada? Sin que Enrique lo supiese, Paquita le había conquistado por la dicha. Pero en aquel momento, cansado ya de esa deliciosa melancolía del cuerpo, no podía aun analizarse el corazón gustando en sus propios labios una de las voluptuosidades más vivas que había sentido nunca. Al rayar el alba se encontró en el bulevar Montmartre, miró estúpidamente el coche que se alejaba, sacó dos cigarros del bolsillo, encendió uno en el farol de una buena mujer que vendía café y aguardiente á los obreros, á las mujeres, á los chiquillos y á toda esa población parisiense que comienza su labor antes del día, y después se fué fumando su cigarro y metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones con una indiferencia verdaderamente deshonrosa.

—¿Qué cosa más buena es un cigarro! se dijo. De esto sí que no se cansará nunca el hombre.

Pero apenas pensaba ya en aquella joven de los ojos de oro que enloquecía en aquella época á toda la juventud elegante de París. La idea de la muerte expresada á través de los placeres, cuyo temor había nublado varias veces la frente de aquella hermosa criatura, que participaba algo de las huries de Asia por su madre, de Europa por su educación, y de los trópicos por su nacimiento, le parecía uno de esos engaños con que todas las mujeres procuran hacerse interesantes.

—Es de la Habana, del país más español que hay en el Nuevo Mundo, y por lo tanto, ha preferido fingir terror,

que no sufrimiento, dificultades, coquetería ó deber, como hacen las parisienses. ¡Por sus ojos de oro que tengo muchas ganas de dormir!

Vió un coche de plaza que estaba parado en el rincón de Frascati esperando á algunos jugadores, despertó al coche-ro, se hizo conducir á su casa, se acostó y se durmió con el sueño de los malos sujetos, el cual sueño, por una rareza de que no ha sabido sacar partido ningún cancionero, suele ser tan profundo como el de la inocencia. Tal vez es esto un efecto de ese axioma proverbial que dice que los extremos se tocan.

A eso del mediodía, De Marsay estiró los brazos al despertarse y sintió los ataques de una de esas hambres caninas que todos los veteranos recordarán haber sentido al día siguiente de la victoria. Vió también ante sí con placer á Pablo de Manerville, pues nada es entonces más agradable que comer en compañía.

—¡Caramba! le dijo su amigo, todos creíamos que te habías encerrado hace diez días con la joven de los ojos de oro.

—¿La joven de los ojos de oro? Ya no pienso en ella.

—¡Ah! ¿te haces el discreto?

—¿Por qué no? dijo De Marsay riéndose. Querido mío, la discreción es el cálculo más hábil... Escucha... pero no, no te diré ni una palabra. Así como así, tú no aprendes nunca nada y no estoy dispuesto á derramar en balde los tesoros de mi política. La vida es un río que sirve para comerciar. Por todo lo que hay de más sagrado en la tierra, por los cigarros, te juro que no soy un profesor de economía social puesto al alcance de los necios. Almorcemos. Es menos costoso darte una tortilla al ron que prodigarte mi cerebro.

—¿Cuentas tú con tus amigos?

—Querido mío, dijo Enrique, que rara vez desperdiciaba una ironía como podría ocurrirte á ti lo mismo que á cualquiera otro el tener necesidad de discreción, y yo te quiero mucho... sí, te quiero. Palabra de honor que si no necesitas más que un billete de mil francos para evitarte el suicidio, lo encontrarías aquí. Si te bateses mañana, yo mediría las distancias y cargaría las pistolas, á fin de que te matasen con todas las reglas. Finalmente, si otra persona que no fuese yo se atreviese á hablar mal de ti estando tú ausente, tendría que habérselas conmigo. He aquí lo que

yo llamo una amistad á toda prueba. Ahora bien, amigo mío, cuando tengas necesidad de discreción, sabe que existen dos clases de discreciones: la discreción activa y la discreción negativa. La discreción negativa es la de los tontos, que emplean el silencio, la negación, el aire, huraño, la discreción de las puertas cerradas, verdadera impotencia. La discreción activa procede por afirmación. Si esta noche dijese yo en el círculo: «A fe que la joven de los ojos de oro no valía lo que me ha costado», al marchar yo, todo el mundo exclamaría: «¿Habéis oído á ese fatuo De Marsay que ha querido hacernos creer que ha conseguido ya á la joven de los ojos de oro? No es tonto el chico, de este modo intenta desembarazarse de sus rivales». Pero esta astucia es vulgar y peligrosa. Por grande que sea la tontería que soltemos, siempre hay necios que pueden llegar á creerla. La mejor de las discreciones es la que usan las mujeres diestras cuando quieren pegársela á sus maridos. Consiste en comprometer á una mujer que no nos interesa ó que no nos gusta, para conservar el honor de la que amamos bastante para respetarla. ¡Ah! aquí está Lorenzo. ¿Qué nos traes?

—Ostras de Ostende, señor conde.

—Pablo, algún día sabrás cuán divertido es burlar al mundo ocultándole el secreto de nuestros afectos. Yo siento un inmenso placer en evitar la estúpida jurisdicción de la masa, que no sabe nunca lo que quiere ni lo que le hacen querer, que toma el medio por el resultado, y que, sucesivamente, adora y maldice, eleva y destruye. ¡Qué dicha imponerle emociones y no recibir ninguna de ella, domarla, no obedecerle nunca! Si se pudiese estar orgulloso de algo, ¿de qué mejor que de un poder adquirido por sí mismo, del que somos á la vez causa y efecto, principio y resultado? Pues bien, ningún hombre sabe á quién amo yo ni lo que quiero. Tal vez se sabrá á quién he amado y lo que habré querido, como se saben los dramas estrenados; pero dejar ver mi juego... es debilidad. No conozco nada más miserable que la fuerza representada por la astucia. Yo me inicio riéndome en el oficio de embajador, si es que la diplomacia puede ser nunca tan difícil como la vida. ¿Tienes ambición? ¿Quieres llegar á ser algo?

—Pero, Enrique, te burlas de mí como si yo no fuese bastante para llegar á todo.

—Bueno, Pablo, si continuas burlándote de ti mismo, muy pronto podrás burlarte de todo el mundo.

Almorzando, De Marsay comenzó á ver los acontecimientos de la noche bajo un prisma muy singular. Como muchos talentos, su perspicacia no era espontánea y no penetraba de pronto el fondo de las cosas. Como todas las naturalezas dotadas de la facultad de vivir mucho en el presente, su penetración necesitaba una especie de sueño para identificarse con las causas. El cardenal Richelieu era de este modo, sin que por eso careciera del don de precisión necesario para la concepción de las grandes cosas. De Marsay reunía todas estas condiciones; pero al principio sólo empleó sus armas en provecho de sus placeres, y no pasó á ser uno de los políticos más profundos del tiempo actual, hasta que quedó saturado de todos esos goces en que piensa ante todo un joven cuando tiene oro y poder.

De este modo, el hombre se refuerza y gasta á la mujer para que la mujer no pueda gastarle.

En aquel momento, pues, De Marsay notó que había sido engañado por la joven de los ojos de oro, y entonces pudo ver el efecto de aquella brillante página y adivinar su sentido oculto. La inocencia puramente física de Paquita, el asombro de su goce, algunas palabras obscuras en un principio y claras ahora, que se le escaparon en medio del goce, todo le probó que había sustituido á otra persona. Como no ignoraba ninguna de las corrupciones sociales, y como se mostraba completamente indiferente á todos los caprichos y los creía justificados por lo mismo que podían satisfacerse, no se asustó del vicio, que era un amigo suyo muy conocido; pero se sintió ofendido de haberle servido de pasto. Si sus presunciones eran ciertas, había sido ultrajado en lo más vivo de su ser. Esta sola sospecha le enfureció, y al concebirla, lanzó el rugido del tigre burlado por la gacela, del tigre que unía á la fuerza de la bestia la inteligencia de un demonio.

—¿Qué te pasa? le dijo Pablo.

—Nada.

—Si te preguntasen si tenías algo contra mí, no quisiera que respondieses un «¡Nada!» semejante, porque tal vez sería preciso que nos batiésemos al día siguiente.

—Yo ya no me bato, dijo de Marsay.

—Eso me parece más trágico aún. ¿Asesinas acaso?

—Tú tergiversas las palabras. Yo ejecuto.

—Amigo mío, dijo Pablo, esta mañana veo que tus bromas son muy tétricas.

—¿Qué quieres? la voluptuosidad conduce á la ferocidad. ¿Por qué? No lo sé, y no soy bastante curioso para indagar la causa. Estos cigarros son excelentes. Hombre, sirvele té á tu amigo. ¿Sabes, Pablo, que hago una vida de bruto? Me parece que ya sería hora de escoger un destino, de emplear las fuerzas en algo que valiese la pena. La vida es una extraña comedia. Yo estoy asustado y me río de la consecuencia de nuestro orden social. El gobierno hace cortar las cabezas á infelices que han matado á un hombre y da patente á criaturas que, médicamente hablando, dan pasaporte á una docena de hombres cada invierno. La moral carece de fuerza contra una docena de vicios que destruyen la sociedad y á los que es imposible imponer castigo. A fe que el hombre es un bufón que baila sobre un precipicio. Nos hablan de la inmoralidad de las *Uniones peligrosas* y de no sé qué otro libro que tiene un nombre de camarera; pero existe un libro horrible, sucio, espantoso, corruptor, abierto siempre y que no se cerrará nunca, el gran libro del mundo, sin contar otro libro mil veces más peligroso que se compone de todo lo que se dicen al oído los hombres, ó por debajo del abanico las mujeres, por la noche en el baile.

—Enrique, á pesar de tu discreción, se ve que te ocurre algo extraordinario.

—Sí, mira, tengo que pasar el tiempo hasta esta noche, vámonos al juego. Tal vez tendré la fortuna de perder.

De Marsay se levantó, tomó un fajo de billetes de banco, lo metió en la petaca, se vistió y aprovechó el coche de Pablo para ir al Salón de los Extranjeros, donde permaneció hasta la hora de comer, entregado á esas emocionantes alternativas de ganancia y de pérdida, que son el último recurso de los organismos fuertes cuando se ven obligados á moverse en el vacío. Por la noche, fué á la cita y se dejó vender los ojos complacientemente. Después, con esa firme voluntad que únicamente los hombres verdaderamente fuertes tienen la facultad de concentrar, fijó su atención y aplicó su inteligencia en adivinar por qué calles pasaba el coche, y tuvo una especie de seguridad de que era conducido á la calle de San Lázaro y de que se había detenido el coche á la puerta del jardín del palacio San Real. Cuando pasó,

como la primera vez, aquella puerta y fué puesto en unas angarillas llevadas sin duda por el mulato y por el cochero, oyó crujir la arena bajo de sus pies y comprendió el por qué tomaban tan minuciosas precauciones. Si hubiese estado libre ó si hubiese andado, habría podido coger una rama de arbusto ó mirar la clase de arena que se hubiese pegado á sus botas; mientras que transportado en volandas á un palacio inaccesible, su aventura debía ser lo que había sido hasta entonces, un sueño. Pero, para desesperación del hombre, éste no puede hacer nunca nada que no sea imperfecto, lo mismo en bien que en mal. Todas sus obras intelectuales ó físicas llevan como marca un sello de destrucción.

Había llovido ligeramente, y la tierra estaba húmeda. Durante la noche, ciertos olores vegetales son más fuertes que durante el día. Enrique sintió, pues, los perfumes de la reseda á través del paseo por donde le conducían, y este detalle debía servirle de norma para las indagaciones que se proponía hacer á fin de conocer el palacio en que le recibía Paquita. Estudió también los rodeos que sus portadores dieron por la casa, y creyó que podría recordarlos. Se vió, como la víspera, en la otomana ante Paquita, que le quitaba la venda; pero la española estaba pálida y cambiada, había llorado. Arrodillada como un ángel orando, pero como un ángel triste y profundamente melancólico, la pobre muchacha no se parecía ya á la curiosa, á la impaciente, á la juguetona criatura que había tomado á De Marsay en sus alas para transportarlo al séptimo cielo del amor. Había algo tan verdadero en aquella desesperación velada por el placer, que el terrible De Marsay sintió admiración por aquella obra maestra de la naturaleza, y olvidó momentáneamente el interés principal de aquella cita.

—¿Qué tienes, Paquita mía?

—Amigo mío, llévame esta noche misma, méteme en alguna parte donde nadie pueda decir al verme: «He aquí á Paquita», donde nadie responda: «Hay aquí una joven de ojos dorados que tiene largos cabellos». Allí te procuraré tantos placeres como quieras recibir de mí; y luego, cuando no me ames ya, me dejas, que yo no me quejaré; no diré nada, y mi abandono no debe causarte ningún remordimiento, porque un día pasado á tu lado, un solo día contemplándote, equivale para mí á toda una vida. Pero si me quedo aquí, estoy pérdida.

—Yo no puedo abandonar París, hija mía, respondió Enrique. Yo no me pertenezco, yo estoy unido por un juramento á varias personas que son mías como yo soy suyo; pero puedo buscarte en París un asilo en el que ningún poder humano podrá encontrarte.

—No, le dijo ella, tú olvidas el poder femenino.

Jamás frase pronunciada por una voz humana expresó de un modo más claro el terror.

—¿Quién podría llegar hasta ti, si yo me interpongo entre tú y el mundo?

—¡El veneno! Doña Concha sospecha ya de ti; y es fácil ver que yo no soy ya la misma. Si tú me abandonas al furor del monstruo que me devorará, hágase tu santa voluntad. Pero ven, haz que yo sienta con tu amor todas las voluptuosidades de la vida. Además, yo suplicaré, lloraré, gritaré, me defenderé y tal vez me salve.

—Pero ¿á quién implorarás?

—¡Silencio! repuso Paquita. Si obtengo mi perdón, será tal vez á causa de mi discreción.

—Dame mi bata, dijo insidiosamente Enrique.

—No, no, sigue siendo lo que eres, uno de esos ángeles que me habían enseñado á odiar y en los cuales no veía más que monstruos, siendo así que tú eres lo más hermoso que hay en la tierra, dijo Paquita acariciando los cabellos de Enrique. Tú ignoras hasta qué punto soy idiota, yo no he aprendido nada. Desde la edad de doce años estoy encerrada sin haber visto á nadie, no sé leer ni escribir, y no hablo más que el inglés y el español.

—Y ¿cómo es que recibes cartas de Londres?

—¡Mis cartas! Mira, aquí las tienes, dijo yendo á sacar unos papeles de un florero del Japón.

Y tendió á De Marsay unas cartas en las que el joven vió con sorpresa extrañas figuras semejantes á las de los jeroglíficos, trazadas con sangre y que expresaban frases llenas de pasión.

—Pero ¿estás bajo el poder de un genio infernal? exclamó admirando aquellos jeroglíficos creados por un hábil celo.

—¡Infernal! repitió ella.

—Pero ¿cómo has podido salir?

—¡Ah! de ahí proviene mi pérdida. Yo he colocado á doña Concha entre el temor de una muerte inmediata y de una cólera futura. Sentía una curiosidad de demonio, quería

romper este círculo de acero que se había descrito entre la creación y yo, quería ver lo que eran jóvenes, pues no conozco más hombres que el marqués y Cristemio. Nuestro cochero y el criado que nos acompañan son ancianos.

—Pero tú no estarías siempre encerrada, porque tu salud.....

—¡Ah! nos paseábamos, pero era por la noche, en el campo, á orillas del Sena, lejos del mundo.

—¿No estás orgullosa de ser amada de este modo?

—No, dijo ella, más que orgullosa. Aunque laboriosa esta vida oculta no es más que tinieblas en comparación de la luz.

—¿A qué llamas tú la luz?

—A ti, hermoso Adolfo mío, á ti, por quien daría mi vida. Todas las cosas de pasión que me han dicho y que yo inspiraba las siento ahora gracias á ti. Durante ciertos momentos yo no comprendía nada de la vida, pero ahora ya sé como amamos, y hasta hoy era amada únicamente, pero no amaba. Lo dejaría todo por ti, llévame. Si quieres, tómame como un juguete, pero déjame á tu lado cuando te hayas cansado de mí.

—¿No tendrás alguna pena viniéndote conmigo?

—Ni una sola, dijo Paquita dejándole leer en sus dorados ojos que permanecieron tranquilos y puros.

—¿Soy yo el preferido? se dijo para sus adentros Enrique, que al entrever la verdad se hallaba dispuesto á perdonar la ofensa en gracia á un amor tan sencillo. Ya lo veré, pensó.

Si Paquita no le debía ninguna cuenta del pasado, el menor recuerdo de éste se convertía en un crimen á sus ojos. Tuvo, pues, la triste fuerza de pensar en sí, de juzgar á su amada y de estudiarla al mismo tiempo que se entregaba á los placeres más atractivos que jamás mortal alguno hubiera hallado en la tierra. Paquita parecía haber sido creada por la naturaleza con un cuidado especial para el amor. De una noche á otra, su genio de mujer había hecho los más rápidos progresos. Por grande que fuese el poder de aquel joven y su indiferencia en materia de placeres, á pesar de su saciedad de la vispera, la *Joven de los ojos de oro* fué para él ese serrallo que sabe crear la mujer amante, á la cual nunca renuncia un hombre. Paquita respondía á aquella pasión que sienten por el infinito todos los hombres

verdaderamente grandes, pasión misteriosa tan dramáticamente expresada en Fausto, tan poéticamente traducida en Manfred y que llevaba a don Juan á escudriñar el corazón de las mujeres esperando hallar en él ese pensamiento sin límites en cuya busca van tantos cazadores de espectros y que los sabios saben hallar en la ciencia y los místicos encuentran únicamente en Dios. La esperanza de poseer por fin el ser ideal con el que la lucha podía ser constante sin fatiga, maravilló á De Marsay, el cual, por primera vez en mucho tiempo, abrió su corazón. Sus nervios se dilataron, su frialdad se fundió en la atmósfera de aquella alma ardiente, sus mordaces doctrinas desaparecieron y la dicha coloreó su existencia. Al sentir el aguijón de una voluptuosidad superior, fué arrastrado más allá de los límites en que había encerrado hasta entonces la pasión. No quiso ser superado por aquella muchacha á la que un amor, en cierto modo artificial, había formado para las necesidades de su alma, y entonces, en esa vanidad que lleva al hombre á permanecer vencedor en todo, halló fuerzas para domar aquella machacha; pero también, habiendo pasado esa línea en que el alma deja de ser dueña de sí misma, se perdió en esos deliciosos limbos que el vulgo suele llamar *espacios imaginarios*. Fué cariñoso, bueno y comunicativo y casi enloqueció á Paquita.

—¿Por qué no hemos de ir nosotros á Sorrente, á Niza y á Chiavari á pasar toda nuestra vida de este modo? ¿quieres? le decía con voz penetrante á la española.

—¿Necesitas acaso decirme *quieres*? exclamó ella; ¿tengo yo voluntad? Yo no soy nada fuera de ti, más que para ser para ti un placer. Si quieres escoger un retiro digno de nosotros, el Asia es el único país donde el amor puede desplegar sus alas...

—Tienes razón, repuso Enrique, vámonos á las Indias, allí donde la primavera es eterna, donde la tierra no tiene nunca más que flores, donde el hombre puede desplegar el aparato de los soberanos, sin que sea comentado como en los estúpidos países donde se quiere realizar la mezquina quimera de la igualdad. Vámonos á la región donde se vive en medio de un pueblo de esclavos, donde el sol ilumina siempre un palacio que permanece blanco, donde los pájaros cantan amor, y donde se desparraman perfumes en el aire, y donde se muere cuando no se puede amar ya...

—Y donde los amantes mueren juntos, dijo Paquita. Pero no partamos mañana, partamos al instante, llevémoslos á Cristemio.

—A fe que el placer es el desenlace más hermoso de la vida. Vayámonos á Asia, pero ¡niña! para partir se necesita mucho oro, y para tener oro, hay que arreglar los asuntos.

La española no comprendía nada de todo esto.

—Oro hay aquí arriba cuanto quieras.

—Pero no es mío.

—¿Qué importal dijo ella, si lo necesitamos tomémoslo.

—No te pertenece.

—¿Pertenece? repitió ella. ¿No me has tomado tú á mí? Cuando lo hayamos tomado nos pertenecerá.

De Marsay se echó á reír y dijo:

—¡Pobre inocente! tú no sabes nada de las cosas de este mundo.

—No, pero sé esto, exclamó abrazando á Enrique.

En el momento mismo en que De Marsay lo olvidaba todo y concebía el desco de apropiarse para siempre aquella criatura, recibió en medio de su goce una puñalada que atravesó de parte á parte su corazón mortificado por primera vez. Paquita, que lo había levantado vigorosamente en el aire como para contemplarlo, había exclamado:

—¡Oh! Mariquita.

—¡Mariquita! exclamó el joven poniéndose rojo de cólera, ahora ya sé todo lo que me empeñaba en dudar.

Y esto diciendo, se encaminó hacia el armario en que estaba guardado el puñal; pero afortunadamente para ella y para él, el armario estaba cerrado. Su rabia creció con este obstáculo; mas luego, el joven recobró su tranquilidad, fué á buscar su corbata, y avanzó hacia la española con un aire tan ferozmente significativo, que, sin conocer de qué crimen era culpable, Paquita comprendió que iba á morir. Entonces la joven dió un salto hasta el extremo del cuarto para evitar el nudo fatal que De Marsay quería echarle en torno del cuello. Se trabó un combate en el que la agilidad, el vigor y la fuerza fueron iguales por ambas partes. Para acabar la lucha, Paquita echó á los pies de su amante un cojín, le dió luego un empujón, le hizo caer, y se aprovechó de esta pequeña ventaja para tocar el resorte. El mulato se presentó inmediatamente. En un abrir y cerrar de ojos, Cristemio saltó sobre De Marsay, le derribó en tierra y le